

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

.....ALLES FÜR ALLE

Yo no debía hablar ya más de los estudiantes; bastante lata (que ojalá fuera latifundio, aunque se enfadase Canalejas,) he dado ya á los lectores con cosas estudiantiles; pero como decía aquel madrileño y maldiciente Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, autor del *Pasajero*, y censurando á su contemporáneo el propio Cervantes: "No sé qué se tiene la pluma de aduladora, que en tomando un asunto no le deja; un librico tras otro, hasta hacer prólogos y dedicatorias á punto de morir." Pues lo mismo me sucede con los infundios estudiantiles; que como no los entiendo, no sé dejarlos. Habíamos quedado en que era preciso hacer caso omiso, para los efectos académicos, de las fiestas de la coronación, ¡y ahora salimos con que esa fiesta va á producir una explosión de ciencia.... infusa! Porque los estudiantes de Huesca, Salamanca, Orense, Logroño, Pontevedra, Oviedo y no sé si algunos más, piden que con motivo del nuevo reinado se les dispensen grados, se declaren estudiadas y aprobadas ciertas asignaturas.... es decir, que porque hay rey nuevo se puede ser médico sin conocer la Patología interna, ó abogado sin haber leído la ley de Enjuiciamiento, la Hipotecaria ni el Código civil. ¡Y luego criticamos á aquellos progresistas de la clase de fósiles, como injustamente han calificado á Puigcerver, que hicieron doctor á Espartero! Soy profundamente monárquico y dinástico, pero francamente, no veo que la monarquía alcance á dar ciencia á quien no la ha estudiado, y nos podemos echar á temblar los que tengamos la desgracia de necesitar médicos *abreviados* por la monarquía, si esto se concede. Yo pienso preguntar al mío si estaba estudiando cuando se coronó algún rey: ¡no sea que le dispensen de estudiar precisadamente la enfermedad que yo padezca en aquel momento!

*
* *

Á todo esto, aún no sabemos por dónde irá ni cómo estará organizada la regia comitiva; cosa muy propia de España es dejar las cosas para lo último; pero si esto puede importar poco en una resolución que haya de tomar el Sr. Sagasta, que es quien más adolece de este vicio de dejarlo todo, cuando de conocer ó no un itinerario penden tantos intereses y hasta cuestiones de orden público, es harta imprudencia dejarlo todo en incierto. Los que se van, ó mejor dicho, *las* que se van á llevar tremendo chasco son las afortunadas damas, y aun ministras, que cuenten entrar en su tribuna después de haber dedicado largas horas al tocador, y saliendo de su casa muy orondas con su categoría minutos antes de inaugurarse la fiesta ó de pasar la comitiva. El problema de la *accesibilidad*, que aquí á nadie preocupa pensando en que los simpáticos del *orden* van á hacer calle á las ministras, no va á tener solución. Grande será la desesperación de las damas oficiales, por decirlo así, cuando vean que su carruaje se detiene frente á la Equitativa, teniendo ellas su tribuna en el Angel Caído, ante una avalancha de cabezas humanas rugientes con la misma desesperación de no poder avanzar. Más de una recordará el recurso de la heroína de *Pequeñeces* gritando al cochero:

— *Go on, go on, carry them off!*

Y si no precisamente en inglés, en gallego les responderá el pobre maruso de Bande ó de Ribadavia:

— ¡Ou, señora, noun se puede pasar!
¡Y entonces, que acuse la ministra de imprevisión á los colegas de su ministerial esposo!

....Por cierto que algo de esto ocurrió en Barcelona cuando el entierro del doctor Robert, sino que aquí no aprendemos nada. El *Tancat per mort del doctor en Bartolomeu Robert* (no dirán ustedes que no soy catalanista como Silvela), llevó á las calles una concurrencia inmensa, pero que no tendrá comparación con lo que va á suceder aquí. Por cierto que hubo ciudadanos tan tolerantes, que porque el cadáver llevaba hábito de la Merced, que es una Virgen bien regionalista, retiraron una corona que dedicaban al ilustre muerto ¡é ignoraban estos apreciables ciudadanos que al mismo tiempo en la Francia republicana se hacían por los Obispos rogativas, para que Dios iluminase á los electores por sufragio universal! Bien que lo mismo se hizo en España en 1820; se dijo Misa del Espíritu Santo en los colegios electorales, si bien,—y esto lo digo bajo la fe de mi respetable maestro el señor Figuerola,—se tiraron los piadosos electores, en más de un colegio, los candeleros y los misales á la cabeza. ¡Aquí siempre distinguiéndonos por la cultura y la buena educación! Dígalo, si no, el ciudadano ese de Vallecas que con toda comodidad y desde su misma casa se entretuvo en matar las palomas mensajeras! Lo que dirá el hombre: ¿no dan premio en los concursos de tiro? Pues será para que lo ejercitemos.

En fin, que en España había que poner en estas funciones y estos concursos lo que ha puesto el Capitán general de Cataluña en el local donde se celebraban los juegos florales, al ver insultada la bandera española: *Tancat per la mort de en sentido comun*.

Y buena prueba de ello es la opinión de uno de esos oradores de *meeting*: "el trabajo debe tomarse y no pedirse", lo que me recuerda el cuento aquel del esquilador que se tomó el trabajo de esquilar un perro ajeno; porque esto de tomar trabajo no veo cómo pueda ser, á no ser un galicismo simbólico: *Prendre la peine*. Otro dijo que el problema social se resuelve de tres maneras; ¡de tres maneras nada menos! ¡Adiós, Canalejas! ¡El trabajo, la limosna y el robo; que el primero es insuficiente, el segundo conduce á un asilo, y que hay que apelar al tercero! Nada, *Tancat per la mort, etc.*

No me extrañará que un día de estos venga algún modernista pidiendo una estatua para.... ¡Poncio Pilato!, y no en calidad de gobernador de provincia, sino porque parece ser que á él le debemos (atención) "la prolongación de la vida de Jesús por unos cuantos días, y por tanto muchas máximas consoladoras del divino Maestro, y ¿quién sabe si hasta Lázaro debió la vida á esta benevolencia del Prefecto romano?" No comprendo el motivo ni el objeto que se propone el autor de esta incomprensible teoría; pero lo que sí puede que debamos á Poncio, es el conservar la túnica de Cristo, que ahora ha venido á ser una prueba científica de la verdad del relato evangélico. Una fotografía obtenida de la Santa Sábana de Turín ha demostrado que Jesús fué enterrado como refieren los Evangelistas, que su divino Cuerpo estaba realmente muerto, y por eso desprendió los gases que hicieron veinte siglos ha el papel que hoy hace el gelatino bromuro de plata; y no sólo esto, sino que el Cuerpo realmente muerto nollegó á descomponerse en el sepulcro, puesto que entonces sus emanaciones hubieran borrado la imagen que el sudor imprimió, descomponiendo la mixtura de álces *quasi libras centum*, como dice el texto. No

parece sino que el divino Maestro ha querido decir por medio de la ciencia á la incredulidad moderna lo que dijo al discípulo incrédulo: *Mitte manum tuam et cognosce loca clavorum!*

GERARDO RODRIGO.

EPITAFIO

(EN LA TUMBA DE MI MADRE)

¡Te haré compañía
que aún quedas conmigo,
pues yo, madre mía,
he muerto contigo!

La cruz silenciosa
nos llena de calma;
aún más que esta losa
te cubre mi alma!

Aquí nos espera
la mano de Dios:
tú dentro.... yo fuera....
durmámos los dos!!

ANTONIO GRILO.

Concurso de GENTE VIEJA

El modernismo.

LEMA: ¡Words, words, words!

Cuando se busca con noble vehemencia la verdad, y, teniendo un elevadísimo concepto del arte, se entrega el artista á él, como el esposo á la dulce madre de sus hijos, no como un vulgar conquistador á "la hembra", es digna de respeto y de estudio la escuela que así siente y cultiva aquél. Y pueden perdonárseles á los afiliados á ella sus errores, mientras no prostituyan el ideal artístico y posean un talento superior para concebir y una maravillosa destreza para ejecutar la obra de arte.

Pero cuando con algo menos de sinceridad y poca dosis de orgullo, á falta de ideas y sentimientos, pretende una escuela "hacer belleza" "rompiendo moldes" y renegando de toda genealogía artística; viendo sólo en el arte un medio para elevar sobre el común nivel unos cuantos nombres vulgares; y si, por añadidura, carecen estos pseudo-revolucionarios de talento y de aptitud, entonces la tendencia innovadora no es otra cosa que una enfermedad del alma, que tiene tanto de satánica como de inocente y que debe olvidarse cuando sobre arte se hable ó escriba.

En el primer caso, el artista puede ser un alma superior que quiere afirmar su personalidad, siguiendo caminos que juzga adecuados á su temperamento; y como lo esencial "es hacer obras hermosas, lleven el rótulo que lleven", con tal que sean bellos los productos del ingenio humano, deben criticarse con cierta indulgencia las exageraciones y delirios de la escuela á que pertenezcan.

Es indudable, por lo que al segundo caso descrito se refiere, que algunos "genios no comprendidos", convencidos de su impotencia, buscan en la extravagancia un modo de aparecer originales é indefectiblemente caen en ese exclusivismo de

escuela que conduce á la falsedad más absoluta y á la acumulación de la personalidad.

Definido así — ya es hora de decirlo — el modernismo, en los dos aspectos que presenta actualmente, veamos qué significa, dentro del arte, la tendencia más sincera de esta escuela.

Eran dogmas fundamentales del clasicismo el culto á la forma correcta, elegante y artificiosa; la imitación exacta del modelo; las sagradas leyes de la proporción, etc.; y aunque estos preceptos no eran todos absurdos, apareció el romanticismo como una protesta contra aquellas tiranías preceptivas. Y á una exageración sucedió otra. Para los románticos fué ley primordial la realización sensible de lo ideal. Que la forma se ajustara á la verdad ó contraviniera las leyes de la naturaleza, era secundario; lo esencial era que fuese bella. Y siguiendo el mismo criterio, el ideal fué producto del capricho, de la fantasía ó del delirio del artista, sin limitación de ningún género, sin respeto á la realidad.

Pero como todo absolutismo no prevalece y perdura, surgió á modo de reacción natural el realismo, conciliando los términos antitéticos de ambas escuelas: coincidiendo con los clásicos en el respeto á la verdad y con la escuela romántica en el odio á la tiranía académica; tolerando, como única idealización legítima, "la impresión del carácter personal del artista en su obra." Y completando la grandiosa labor de la escuela realista, el naturalismo suprimió la distancia que separaba al idealismo desenfrenado del realismo escultural, proclamando ideal legítimo del arte aquel que emana de las entrañas de la realidad, y como medio de expresión la sencilla naturalidad.

Fijados estos antecedentes, debe preguntarse: ¿qué pretende ni qué puede significar la escuela modernista? ¿Qué "moldes" va á convertir en polvo y en caútes ha de vaciar sus ideales?

Si el modernismo execra la rutina académica y considera las reglas fijas é invariables como una rémora para el progreso del arte; si establece la supremacía de lo ideal y de la personalidad del artista, será, aunque no quiera, una regresión al romanticismo, sin la originalidad, y por consiguiente sin la grandeza de aquellos genios que no podían moverse con holgura dentro de los moldes clásicos. Si, por el contrario, afirma el respeto á la verdad, el culto á la forma, será otro curioso fenómeno de atavismo que permitirá observar de qué modo, caminando á través de las escuelas realista y romántica, volvemos á las desdeñadas tendencias clásicas. Pero si huyendo de una exageración se aparta también de la otra é intenta conciliar ambas; si acata únicamente el ideal que nace del seno de la realidad y reconoce que la forma más racional es aquella que mejor y más fielmente expresa lo que se concibe y siente, en este caso será realismo ó naturalismo.... ó no será nada.

¿Qué afirma, pues, el modernismo? ¿Cuáles son sus principios fundamentales? Y cualesquiera que sean éstos, ¿no será difícil probar que no están contenidos en los de las escuelas históricas mencionadas?

La causa que ha motivado esa pretendida revolución artística, es fácil de determinar recordando un hecho repetido varias veces en la historia del arte.

La naturaleza no prodiga los genios.... y cuando aparece uno de aquellos que lleva al arte el mayor grado de perfección, sus contemporáneos y las generaciones que le suceden aspiran á ser originales también; pero como carecen de inspiración, no pueden sustraerse á su influencia y le toman por modelo exagerando los caracteres distintivos del estilo del maestro, para no aparecer imitadores suyos. Esta imitación no alcanza á la esencia de la obra, porque esto ni se puede imitar ni siquiera copiarse; y forzósamente se limitan á remedar lo externo, la manera personal de componer ó ejecutar del artista imitado; por consecuencia, caen en el lastimoso amaneramiento que caracteriza á los artistas de los períodos de decadencia.

La pureza de líneas de Phidias la exageraron sus discípulos, y falseándola, dieron origen al llamado "perfil griego" por antonomasia; perfil que al estudiar etnológicamente aquel pueblo, háse probado que no existió. Después de Miguel Angel apareció una plaga de imitadores de los estudios

anatómicos, y á la grande y sincera naturalidad del inimitable Buonarrotti siguieron la efectación y el más abominable convencionalismo. Y fueron de decadencia las épocas que sucedieron á estos dos genios, porque en ellas, en vez de estudiar é inspirarse en el modelo vivo, se imitan y se copian las obras de los maestros; en vez de estudiar la naturaleza de ella misma, se estudia en Phidias y en Miguel Angel ¹. En estos períodos en que se intenta conducir al arte por extraños y desatinados derroteros, cada artista se convierte en un retórico, y todos y cada uno tienen su particular teoría para explicar su manera de sentir y practicar el arte; y esas teorías, que más tienen de artificiosas é imaginarias que de lógicas y reales, no son otra cosa que "la cáscara de nuez sin la nuez" de que hablaba lord Macaulay, y ni siquiera aprovechan para ocultar ó disimular la carencia de ideales de una época y de una generación de medianías.

Podemos ya deducir de lo expuesto, que el modernismo es una tendencia que sacrifica el ideal á la forma, mejor dicho, que oculta la falta de aquél con el amaneramiento de la segunda, en su afán de aparecer como una escuela nueva, original, sin precedentes, sin lazos de unión ó de semejanza con ninguna otra. Y no es aventurado asegurar que batiéndose en retirada, esta tendencia acabará por refugiarse en las artes de pura ornamentación, donde no importa á veces que el arte "no represente ni exprese nada concreto" y donde puede el modernismo derrochar océanos de líneas, de hojarasca, de grifos, faunas y floras quiméricas, allí donde no hacen falta conceptos é ideas.

¿Y en la literatura significa algo el modernismo? Menos aún que en las bellas artes. En éstas la forma seduce, atrae y deslumbra más que en la poesía, en el drama, en la novela: y aquellos que se contentan con que el cuadro esté bien ejecutado y la estatua correctamente modelada, quieren que en la obra literaria haya, además de los versos armoniosos, de las brillantes imágenes y del lenguaje correcto y natural, algo más grande, más elevado; algo que mitigue la sed del alma y el afán inquiridor del pensamiento.

He aquí por qué el modernismo no ha echado raíces en la literatura. Carece de ideales y de originalidad; sus innovaciones se reducen á "confecionar" una nueva retórica; la transformación que anunciaba es más de accidente que de esencia; y este es su error capital, porque el estilo no es más que "la forma indispensable para comunicar el pensamiento por medio de la palabra escrita," —según decía Balzac;— y lo esencial es la idea que anima la obra de arte donde reside la verdadera originalidad y—¡oh dolor de los dolores!—lo que no puede imitarse.

Después de la completa y hermosa conquista del realismo, afirmada por la escuela naturalista, el modernismo no es ni puede ser sino una palabra más, inventada con el exclusivo objeto de satisfacer la vanidad y el orgullo de ciertos espíritus mal avenidos con la certidumbre de la propia impotencia. Y, seguramente, no dejará tras de sí, no ya el grandioso monumento levantado por el naturalismo (del cual se puede decir que parece la obra de un coloso que tuviera en su mente la inspiración de Dante y en sus manos la delicadeza de Phidias), sino ni siquiera las brillantes y eternas estelas que trazaron el clasicismo y el romanticismo.

La famosa aventura de naturalizar el modernismo en la tierra en que nacieron y se criaron un "ingenioso hidalgo" un sin par "lazarillo" y un "gran tacaño", no la inspiró otro interés que el de que no apareciéramos rezagados en el movimiento literario europeo; pero se tomó, en virtud de cierta ilusión óptica, por Europa, un trozo de boulevard, y, merced á nuestra impresionabilidad, por escuela novísima, un amaneramiento literario... desdeñado ya por los "intelectuales" que lo inventaron, cuando se fué á darle aquí carta de naturaleza.

Siempre se incurre en semejante "pecado" cuando el genio falta y el gusto se estraga y envilece;

¹ En la historia de la pintura, en la de la música, en la de la arquitectura y en la de la literatura abundan ejemplos como estos dos que recordamos; pero nos vemos forzados á no citar más que los que transcribimos.

entonces se prefiere imitar las excentricidades exóticas á estudiar la naturaleza y el original y riquísimo tesoro que guardamos en las arcas de casa; sin tener en cuenta que sólo las obras cuyo ideal se inspira en la realidad, y cuya forma es aquella sublime naturalidad que se encuentra en los verdaderos genios, son las que se escriben para los hombres de todas clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.

BERNARDO MORALES SAN MARTIN.

4 de Marzo de 1902.

SONETO

Pálida, esbelta, de flexible talle,
graciosa, si no bella, dulce, blanda,
¿quién juzgarla podría cuando anda
con su falsa inocencia por la calle?

Mirad un lirio que dejó su valle,
diría el trovador de alegre banda,
ó ahí va una mujer como Dios manda,
el que otras formas de expresión no halle.

Hoy la he visto pasar junto á mi lado
con el que ahora á su poder sujeta.
¡Qué aire de candor! Tras sí ha dejado

como siempre un perfume de violeta.
Impávida me ha visto y no se ha muerto....
¡Para impudor sublime, una coqueta!

F. PLEGUEZUELO.

A MI ILUSTRADO AMIGO

D. PEDRO SOLER Y MORA

Director de la GUÍA PALACIANA

*Qui non facit quod debet,
non recipit quod oportet.*

COMO AYER....

Y como siempre, mientras en el cielo de la política española domine la constelación *Scorpius*, ó la constelación *Cancer*: la primera, símbolo de un progreso petrificado, y la segunda, de una conservación en conserva.

No en los dominios (esto fué *in illo tempore*), en el dominio donde ya se pone el sol por todas partes, á la hora que reza el calendario, cuando éste no se equivoca, aún hay padrastrós de la patria que, movidos por la hambrienta pasión del interés, juran y perjuran que en la clínica de los doctores *acamaleonados* con quienes conferencian y á quienes rinden párias, abundan específicos que dan vista á los ciegos, paso á los tullidos y vida á los muertos. Milagro este último que comprueban, diciendo: urnas son las que en las elecciones manejamos; se pronuncia el *¡surge!* y por arte de birli birloque, por la virtud de los polvos de Perlímpimpin, ó de la madre Celestina, los Lázaros se levantan y votan. ¡Qué mucho, si se tolera que en los comicios haya rufianes para ahuyentar á los electores que no se deshonran subastando su conciencia!

La debilidad progresiva que del cuerpo electoral se ha apoderado, obra es, torpe y reprobada, de los que, constituidos en autoridad, premian los desafueros, para que triunfen las candidaturas oficiales. Así es como han amortiguado todas las energías, todos los anhelos, todos los entusiasmos.

¿Desaciertan los que afirman que no hay partidos? Los hay; pero partidos están por el eje los que ayer, con sus arraigadas convicciones, estaban enteros.

Los eunucos políticos surgen por generación espontánea del fango de las elecciones amañadas, como los hongos de las tierras húmedas, y como entre éstos, hay entre aquéllos especies venélicas.

De los patriotas de ayer, últimos robustos vástagos de las cepas sin *oidium*; de los que no pertenecen al gremio de los matuteros políticos, y de los que nunca jamás

renegaron de su casta, ni arrastraron su bandera, los ejemplares andan tan escasos, como los de la primera edición del *Quijote*, y su levadura no fermenta cuando se hiñe la masa á que la incorporan los panificadores de hogar.

Grupos, individualidades, disgregaciones atómicas de un todo, cuyas energías enderezadas á un solo fin, AL BIEN DE LA PATRIA, pudieran ser fecundas en resultados positivos, y que son estériles, porque el egoísmo personal las quebranta; los estragos de la abscisión en muchos que han demostrado no tener frenillo en la lengua, y los primeros síntomas del selismo en no pocos.... así, más que á grandes síntesis, por *et-ceteras*, dejó trazado el cuadro nosológico que presentan las actuales Cámaras españolas.

Y esto ¿cuándo? Cuando hay sobre el tapete dos cuestiones de vitalísimo interés, que afectan al bienestar de la patria, y por tanto al reposo de las instituciones, que no lo habrán, razonablemente discurriendo, si entran en un nuevo período histórico sin que del cuello del obrero se hayan arrancado las uñas del patrono, y de las del clericalismo, todo lo que es de la exclusiva, de la indiscutible pertenencia de las potestades civiles y de las regalías de la Corona.

COMO AYER, he dicho.... Un breve paréntesis. Epoca: primer tercio del siglo XVI. En el solio español: el Emperador Carlos V.—En la Sede Apostólica: Clemente VII * relevando á Francisco I del juramento que había prestado, para que descumpliera, sin escrúpulos de conciencia, lo que después de vencido en Pavía, se obligó á cumplir en la famosa concordia del 14 de Enero de 1526. Las tropas de la Cesárea CATÓLICA Majestad, al mando del Duque de Borbón, dentro de Roma, y los soldados españoles en las rejas del Vaticano, cantando la siguiente expresiva copla:

Padre nuestro, en cuanto Papa;
sois Clemente, sin que os cuadre;
mas reniego yo del padre
que deja al hijo sin capa **.

Todo por quitar al César lo que era del César.

Item más. El Rey CATÓLICO por antonomasia, según autores muy ortodoxos, el que sustentó escogidamente la fe católica cumpliendo con los deberes de su alta misión, ese, ese, con el más profundo acatamiento, tuvo á raya al poder eclesiástico. Ni por nada ni por nadie consintió que pusiera una mano sobre el altar y otra sobre el trono. Que se examinen sus leyes, su administración, su conducta con Paulo IV, San Pío V, Sixto V y Clemente VIII.

Los Austrias, en este sentido, merecen bien de la patria.

Y ¡no faltan liberales que truenan contra las monarquías absolutas!

El Presbítero D. Francisco S. Belmar decía en un opúsculo que publicó en 1862: «Hay que confesar que, en materia de principios, la Iglesia ha ganado en España con el régimen moderno.»

Y ¡no faltan absolutistas que se despulmonan, gritando contra las monarquías constitucionales!

Cierro el paréntesis, que podría ser muy largo.

El canto de las sirenas acaba por ser funesto. Es, á quien deleita y atrae, lo que el cebo al pez: sirve para matarle.

En el banco azul, vivita y coleando, hay una boquifresca, urbana siempre, cuyo acento es más dulce que la miel de Cuenca del marquesado de Moya. Pero ¿es que falta un nuevo Ulises, que recomiende la aplicación de la cera á los oídos para dejar de oír con éstos y de escuchar con el alma, las que son peligrosas melodías?

Si se tratara de luchas con armas, es de creer que, para un Jerjes, no faltaría un Leonidas, ni para un Dupont un Castaños.

La lucha es de palabras, y, caso ya no peregrino, entre dos óptimos conmlitones, ambos de talla parlamentaria sobresaliente. Voy á permitirme una interrogación, permónese el modo de señalar. Para un Moret, ¿no hay un Canalejas? Argenteo es su estilo; de inimitable tersura; hace recordar la pureza ática de Luciano, como diría Menéndez y Pelayo.

Elocuencia por elocuencia, la que contenga más oxígeno democrático, será la que el país reciba con repique de campanas, excepción hecha de las sacristías y otros cubículos, donde ni aun fósforos se encienden, porque enemigos de la luz son los de carnosos pestorejo que allí se congregan, y de quienes algún latino, de los pocos que hay en el Congreso, diría: *ex fructibus eorum cognoscestis eos*.

Si entre algunos de los que sólo tienen ojos en los bordados de sus casacas, y oídos en las orejas de sus zapatos, es permanente el culto á los delirios, y se obstinan en seguir por atajos peligrosos, ¿no habrá nadie que *distinguiendo entre el monárquico y el cortesano*, por lo que en uno y otro concepto pueda ser conveniente, no habrá nadie, repito, que se oponga á que entre nosotros dure siempre la gran semana de la creación de la Historia civil? Dios dijo: *fiat lux et democratia*. Esta última palabra no aparece en la Biblia, porque los setenta intérpretes, por omisión voluntaria, se la dejaron en el tintero; y para los expositores sagrados que dieron con ella en el texto hebreo, fué y es, come el *urim y tummin*, sobre cuyo misterioso significado la discordia es completa.

Por hábiles que sean los prestidigitadores que están manejando la baraja política, siempre en la carta que descubran leerán lo siguiente:

Aplazar un conflicto, no es resolverlo.

Dejar el remedio para mañana, no es querer que el daño se remedie.

Hay un diputado que frecuentemente arma la razón con las flechas de la ironía, y con su imaginación de azogue, franca verba y elocuencia fogosa, trae á estriquete á sus adversarios políticos. Callo el nombre, porque con lo indicado no habrá nadie que deje de saber que es Romero Robledo, quien de juro, como si lo oyera, fijándose en el heterogéneo grupo gubernamental, más de una vez habrá dicho: ¡Cuántos comen á una mesa, sin que así coman juntos!

A esto, de ser oído por los que olvidan, que hay paces llenas de guerra, y que los rencores incuban las represalias, contestarían: Vamos á gusto en el machito. Si nos hacen apearse por las orejas, entonces.... puede que salga el sol por Antequera.

*
**

Cesa mi recelo de que pueda continuar abusando de la paciencia del lector, si no he logrado interesarle, porque lo que sigue es historia, y Plinio ha dicho:

Historia quoque modo scripta sit, delectat.

En 1846, el Marqués de Miraflores, Presidente á la sazón del Consejo de Ministros, tuvo que estudiar la que él llamaba *gran cuestión del restablecimiento de nuestras relaciones con la Santa Sede*, interrumpidas entonces desde el año 1833; cuestión que entrañaba el arreglo de un nuevo Concordato.

En este asunto, el Sr. Martínez de la Rosa, por acuerdo unánime del Consejo de Ministros que acababa de presidir el General Narváez, ya se había negado á ratificar la célebre *Convención*, negociada en Roma por el Sr. Castillo y Ayensa, á quien se le devolvió, para que se reformara, adicionara y variara en algunos de sus extremos.

Así las cosas, Miraflores, con buen acuerdo, deseando que tan grave asunto se ultimase en Madrid, convocó en la Secretaría de Estado á varios Obispos, para que, con su benévola cooperación, el Santo Padre se resolviese á enviar un Delegado Apostólico. Al exponer su pensamiento, el Ministro dijo: *Que era grande su duda sobre la conveniencia ó inconveniencia de hacer un nuevo Concordato*, y para fundamentarla, añadió (no invento, transcribo): *¿Quién sabe si tendremos todavía que pasar por alguna otra revolución política en sentido avanzado, y entonces, si el Concordato sería una gran complicación; porque la revolución lo rasgaría y nos daría un escándalo más!*

En esta época, la comedia política parecía de magia. Los telones se mudaban con vertiginosa rapidez.

El Ministerio Miraflores duró treinta y cuatro días. Apareció de nuevo el del General Narváez, que duró diez y siete, y en seguida el de Istúriz. El Nuncio no se presentó en escena hasta que reapareció el de Narváez, quien pidió y obtuvo de las Cortes plena autorización

para celebrar el nuevo Concordato. Dieron principio las negociaciones, y cuando Bravo Murillo, sucesor de Narváez en la codiciada poltrona, empuñó la batuta, entonces fué ratificado. La ley desamortizadora hizo de él tiras y jiras.

Este riesgo no está en puerta, porque bienes eclesiásticos para subastar, me parece que no quedan. Ahora se subastan los de los contribuyentes morosos, no por falta de buen deseo, por carencia absoluta de recursos para ayudar á levantar las cargas del Estado. No soy político en el sentido funesto de la palabreja, y suprimo los comentarios.

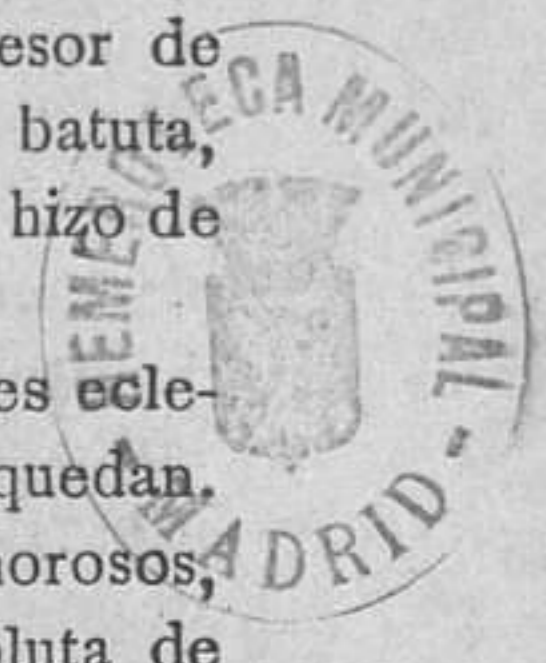
Sigue el despacho que se envió al Sr. Castillo y Ayensa, y que debe ser gemelo del que hoy (mejorado en la forma) habrá recibido el Sr. Agüera:

«Primera Secretaría del Despacho de Estado.—Al Ministro Plenipotenciario de S. M. en Roma.—Madrid 20 de Febrero de 1846.—S. M. se ha servido mandarme examinar con toda la detención posible el importantísimo negocio encomendado al celo y lealtad de V. E., negocio de los más graves posibles, teniendo por objeto restablecer las interrumpidas relaciones con la Santa Sede, restablecimiento que S. M. anhela, pues de él depende en gran manera la tranquilidad de las conciencias de sus súbditos. El estado en que se halla la negociación me confirma, de una manera evidente, la exactitud de mis opiniones, que S. M. acepta, mandándome comunicar á V. E. las nuevas instrucciones que voy á transmitirle. En todas las épocas vemos, en la historia de nuestros Concordatos, que llegar á su terminación definitiva ha sido siempre obra laboriosa, y sobre todo, muy larga. Interrumpidas las relaciones de la Corte de Roma con la de España, por la cuestión de sucesión en 1709 hasta 1714, no se pudo llegar á un proyecto de Concordato; proyecto y nada más que proyecto, pues si bien se firmó en París entre los dos Plenipotenciarios, el Cardenal Aldobrandini y el Marqués de la Compuesta, no se ratificó por Roma, siguiendo con más ó menos actividad las negociaciones, que ningún resultado definitivo produjeron tampoco hasta 1737, en que únicamente otro proyecto nuevo se halló en vías adelantadas de adoptarse; pero que no fué ratificado por España, siguiendo las cosas con el mismo carácter de interinidad, hasta que, para gloria de la Cristiandad, ocupó el Solio Pontificio el gran Papa Benedicto XIV. Con este ilustre Pontífice, y ocupando el Trono español el Señor Don Fernando VI, se dió cima, por fin, á la grande y laboriosa obra de verificar un Concordato, obra empezada en 1709, y terminada en 1753, es decir, EN CUARENTA Y CUATRO AÑOS.

«Verificado, pues, definitivamente el Concordato, su cumplimiento no ha sido interrumpido hasta ahora siendo el Concordato de 1753 el que arreglaba y arregla el derecho internacional eclesiástico en España; pues si bien la borrasca revolucionaria arrolló y llevó tras sí objetos sagrados, interrumpió nuestras buenas relaciones con la Santa Sede, é hizo participar al Estado eclesiástico de la conmoción y quebrantamiento general que la sociedad había experimentado, no puede decirse, que el trastorno social que la España ha sufrido, haya alterado legalmente aquella convención. Por fortuna, el gran principio de la unidad religiosa está intacto, y el depósito sagrado del dogma, acatado y respetado por la católica España, como lo fué siempre Sea como quiera, no habiendo llegado las negociaciones pendientes á una terminación definitiva, es forzoso considerarlas en el estado de hecho en que se hallan, y S. M. cree, atendidas todas las circunstancias, que debe obrarse en su continuación con el mayor detenimiento y sin querer forzar las cosas, mientras no lleguen á perfecta madurez; que en el Concordato de 1753, que se conserva en completo vigor, tienen Roma y España todo lo necesario para reanudar completamente sus interrumpidas relaciones y satisfacer los intereses, siempre conformes, del Altar y del Trono. A ello se dirigirán constantemente los esfuerzos de S. M. y de sus nuevos Consejeros; y lo que no consigan, culpa será de la debilidad de sus fuerzas contra circunstancias y cosas más fuertes que los hombres. Así puede V. E. asegurarlo á Su Santidad con completa confianza.

* Hijo natural de Julián de Médicis.

** Valdés (Alfonso de), *Diálogo de Lactancio y un aldeano*.



»S. M. halla natural, que Su Beatitud se interese vivamente por la suerte del culto y por asegurar al Clero una decorosa existencia. Los mismos y tan vehementes deseos animan á S. M. y á su Gobierno, y á lograrlo se encaminan sus pasos con todo anhelo y decisión; pero habiendo de luchar con obstáculos inmensos, resultados precisos del trastorno general que ha experimentado el país, S. M. necesita de la cooperación eficaz de todos los elementos que puedan ayudarla en tamaña empresa, y S. M. entiende, que pocos tendrán un valor más trascendental, para lograr sus piadosos intentos que la presencia de un Nuncio en Madrid. A lograrlo, sin contraer ninguna especie de nuevo compromiso, debe V. E. limitar sus esfuerzos momentáneos, valiéndose; para lograrlo, de cuantos medios le sugiera su celo é ilustración.

»Persuada V. E. al Gobierno pontificio que, en tiempo de pasiones y á larga distancia, no es fácil conocer la verdad, y que las noticias dadas á Su Santidad por una persona de su completa confianza, pondrían su esclarecido juicio en el caso de convencerse: primero, de la sinceridad de las miras y de los esfuerzos positivos de S. M. para lograr el fin; y después, de la naturaleza invencible de los obstáculos que impiden, que los principios y las teorías más respetables y reconocidas, puedan sobreponerse al inevitable resultado de los hechos pasados. Una sola consideración, que V. E. hará valer hasta donde le sea posible, demuestra victoriosamente esta verdad. El Gobierno de S. M., accediendo á los deseos de la Santa Sede y reconociendo la justicia del principio, devolvió al Clero secular, después de una medida legislativa que se obtuvo con poca contradicción, sus antiguos bienes, no vendidos todavía. El principio tuvo, con esta medida justísima de reparación un triunfo; pero con ella, poco ó nada ha ganado el Clero en su situación: acaso ha adquirido tan sólo con la devolución una complicación más en su estado económico. Tal es la fuerza irresistible de los resultados de un trastorno tan profundo como en esta parte ha experimentado la España.

»S. M., apreciando en su alta sabiduría esta situación, sin rehusar ni excluir ninguno de los diversos medios creídos mejores por todas las opiniones, con tal que sean posibles, ha aceptado la opinión de su nuevo Gabinete de hacer un nuevo ensayo económico, para asegurar al culto y al Clero una existencia efectiva, siendo sus verdaderos deseos, como los de su Gobierno, que sea la primera y principal condición que haya de tener este ensayo, el ser evidentemente práctico, que el Clero sea pagado en su asignación corriente con completa puntualidad, que para satisfacer sus inmensos atrasos, cuyo pago es de rigurosa justicia, se busque algún medio práctico también, pues, sin esto, todo queda reducido á deseos estériles é inútiles, por medio del cual pueda cobrarlos más ó menos pronto.

»Tales son las intenciones de S. M., que me manda hacer conocer á V. E., lo que ejecuto de su Real orden: así como que entiende, que sería un auxiliar eficaz para el nuevo Gabinete, el influjo moral que produciría la favorable impresión que habría de excitar la presencia de un Nuncio de Su Santidad en Madrid, contribuyendo á facilitar grandemente todos los arreglos eclesiásticos, para los cuales, la intervención de la Santa Sede, reconocen necesaria los cánones de la Iglesia, y los usos y costumbres de estos Reinos. Dios, etc. P. S.

»Cuando se habla en este Despacho de la venida de un Nuncio, se debe entender, de una persona autorizada con un carácter diplomático, que pueda representar al Gobierno pontificio, sin insistir en que su categoría haya de ser precisamente la de Nuncio Apostólico.»

Sagasta dirá con razón: ayer cuarenta y cuatro años para arreglar un Concordato, y hoy quieren que en cuarenta y cuatro horas.... Canalejas, con razón, dirá: hay que despavilarse. Que en Roma apriete Agüera, á ver si viene una noticia de buen agüero.

José M.^a NOGUÉS.

A la Virgen María.

"Ecce Mater tua" Et ex illa hora
Acceptit eam discipulus in sua.
(Joann., 19.)

Recuerda, Virgen pura, aquel instante en que tu pecho maternal sufría torrentes de dolor y de agonía cual no sufrió jamás un pecho amante.

Cuando mirando á tu Hijo agonizante que en infame patíbulo moría, —"Mujer, ese es tu hijo"—te decía— y á Juan:—"Esa es tu madre en adelante".—

Y en seguida expiró: tal fué su anhelo, que seas nuestra Madre, ya que Él muere, nuestra esperanza, luz, vida y consuelo.

Que no perezca ni uno que en Ti espere. ¡Sé nuestra Madre, pues, Reina del Cielo, que es tu hijo.... y es un Dios el que lo quiere!!

F. DÍAZ GALLO.

LA MURCIANICA

I

Jamás Carmeta logró que por su nombre la llamaran: fué siempre para todos la Murcianica.

Vino "de allá", según su frase, para cuidar la casa de sus tíos y protectores, los Maixen, los opulentísimos Maixen, que tenían por suya media Tierra de la Huerta.

Su tío Francesch no era capaz de dejarse desobedecer, y al decir á su primo, que era colono suyo: "En casa necesitamos á tu chica; mi hermana está delicada", "decíale entre líneas": "¡y mira que comes lo que yo te doy....!"

¡Qué gran pena para Carmeta fué la marcha de aquellos lugares, de aquella casica blanca, en cuya puerta esperaba que atardeciera para ver regresar de la huerta al huertano dueño de sus mejores pensamientos! ¡Aquellos viejecitos adorados teniendo que guisar ellos, que lavarse la ropa y que cuidarse solos, encima de desterronar la tierra dura!

¡Dejar sola, solita á la madre para cuidar al ama que con su dinero bien podía pagarse servidores que no dejasen por ella un hogar muerto!

¡El arbolíol, ¡el arbolíol! Aquel arbolíol por cuyas sombras paseó con Juanico, cuyas frondosidades ampararon el beso furtivo lleno de mieles y aroma....

¡Todo había de dejarlo si quería asegurar el mendrugo de pan, sustento de sus pobres viejos!

II

Llegaban las once. Todo el pueblo esperaba en masa al nuevo matrimonio; todos querían investigar cómo Carmeta admitió tal suerte. ¡Casarse con su tío, con el solterón curtido y repletísimo de oro, cincuentón avariento que jamás quiso cargar con ninguna de las mil guapas chicas que le asediaban!

Sabían todos por Juanico que á la Carmeta llamábanla en la Corte la Murcianica y que señores muy puestos de reloj y camisa planchada, habíanla solicitado, pero sabían también por el propio Juanico lo que Carmeta pensaba; que si halagábanla tales distinciones era pensando sólo: "este puñado de gracias y el corazoncito que envuelven pueden pagar á mi huertano descamisado el amor que me tiene...."

Por estas y otras, el pueblo véa el matrimonio como un acaparamiento más, cobarde é inicuo, de aquel monstruo de la usura, que seguramente mostró á Carmeta su corazón y su bolsa con la derecha, y la ruina y el hambre de aquellos viejos en la izquierda.

Solo un huertano, uno solo, el que Carmeta llamaba en sus soliloquios el suyo, proclamaba ciego la perfidia y la crueldad de aquella pobre mártir.

Apiñáronse todos en rededor de las portezuelas, respetando puesto en la primera fila á los dos viejecitos, que no cabían en sí de gozo y orgullo.

—¡Padres de mi vida!—gritó Carmeta, y se lan-

zó á abrazarles estrechísimamente, llenándoles de lágrimas.

Pocos peleaban por apretar la mano de Francesch Maixen. Haber robado al pueblo la figura de Carmeta, traicionar á Juanico y llevarse para sí la mejor de las mozas, era una ofensa que sentían inconscientemente jóvenes y viejos.

Carmeta, apenas lanzada con arrebatado delirante en brazos de uno, corría á estrecharse en otros que la esperaban abiertos, y en cinco minutos, con el imperio de los nervios, había rodado de brazos en brazos escudriñando con viveza el semblante de cada amigo.... A medida que fué terminando los saludos, que tenían algo de eléctrico, y cuando abrazó al último huertano, permaneció en el hombro de éste unos segundos, con postura de agotamiento y abandono, la cabeza cayendo poco á poco hasta descansar en el pecho robusto del mancebo, las manos en sus hombros, resbalando luego pálidas y frías hasta caer á lo largo del cuerpo gentilísimo de la muchacha, que se irguió al suspirar para mirar á todos, girando aquella cabecita con perezosa tristeza para lanzar después una mirada llena de penas al arbolíol de la vega.

Comenzaron á andar: todos querían rodearla, y adelantándose con sus padres no soltaba la mano del mocetón, á quien dió su último abrazo.

Pascualet, el hermano de Juanico, recibía los estremecimientos de Carmeta, que le hablaba un hablar profundo al transmitirle sus angustias con cada pulsación de su convulsa manecita.

III

Cada día era mayor su postración, y ni las riquezas llovidas del cielo, ni ver á la chica bien colocada, ni poseer tanto campo, ni nada, en fin, lograba levantar el ánimo de los padres de Carmeta, que la veían consumirse como un candelillo falto de aceite.

Nada que no fuera hablar con Pascualet la distraía de sus cavilosas tristezas, ni animaban aquel semblante, del blancor y el brillo de la perla.

Con gran esfuerzo y apoyada en el brazo de su marido, salió aquella tarde á dar un paseo bajo el arbolíol....

Pasado un rato, Francesch observaba á Carmeta sin hablarla, é iba reconstruyendo los hechos y sintiéndose el verdugo de aquella mujer tan sumisa, tan resignada y tan buena. Ella calló el nombre, pero mil veces le juró que su corazón era de otro, y le pidió perdón para su desvío y amparo para sus padres.... Recordaba Francesch la víspera de su boda y la escena que su pasión brutal produjo.

Carmeta, llorando, le pedía que olvidase su cariño, al que no podía corresponder.... Francesch insistió: necesitaba á Carmeta como el sediento el agua.

—¿Te sientes mal?—preguntaba impaciente.

—¡Estoy cansada!—dijo, y uniendo la acción á la palabra sentóse en una piedra, antiguo confesonario que oyó en otro tiempo las arrogancias de un juramento y el susurro del beso de dos almas.

—¡Estoy cansada!—dijo, y sentándose en la piedra, recostóse blandamente, clavó su mirada serena y brillante en el tronco de un árbol pintarrajeado de corazones y flechas, números y cifras, y sin más decir, fija, petrificada, con la cabeza hacia atrás y la mirada en el árbol, parecía dormir sin protestar de los reproches que Francesch le dirigía preguntándola nerviosamente el nombre de aquél á quien seguramente seguía amando.

—Dí, dí Carmeta: ¡contéstame, por Dios!—y al cogerla nervioso ambos brazos para obligarla á mirarle, creyó ver por vez primera amor infinito en su cara, y allá en el fondo brillante de sus hondas pupilas, la última visión de la que fué su esposa: la imagen perfecta del hermano de Pascualet.

ALEJANDRO BHÉR.

VANITAS VANITATUM

Cuando veo un entierro fastuoso donde el mísero muerto va encerrado en lujoso ataúd, tan bien labrado que parece un estuche primoroso,

y el dolor oficial, esplendoroso se deja ver allí, representado por coronas de flores, que han colgado, con largas cintas de color vistoso: pensando en los misterios de otra vida me descubro al pasar el tronco inerte y á Dios se eleva mi oración cristiana. Pero al ver tanta pompa reunida, observo con dolor que hasta en la muerte se ha de mostrar la vanidad humana.

SANTIAGO IGLESIAS.

Información especial de GENTE VIEJA

(Cuestión social.)

IV

CAUSAS LOCALES

Aun hubieran tardado bastante más en aparecer las huelgas, aun habrían necesitado los obreros muchísimo tiempo y muchos esfuerzos para ponerse de acuerdo, sin el rápido y creciente desenvolvimiento de la industria y la consiguiente acumulación de inteligencias y brazos unidos por los mismos sentimientos, ya en fábricas de colosales dimensiones, ya en pueblos dedicados á un mismo ramo de producción, ó ya en comarcas extensas cuya identidad de recursos y elementos han dado origen, en lo que va de siglo, á esa población densísima de gentes que se dedican á idénticas faenas.

La analogía ó igualdad del medio en que viven los seres da siempre por resultado la identidad en sus afectos.

La reunión de muchos millares de obreros en condiciones de poderse ver y entender facilísimamente, con aspiración constante á las mismas ventajas, robustecida por el goce de derechos políticos á todos reconocidos es, pues, otra causa de esas manifestaciones que llamamos huelgas. No es, sin embargo, la única causa local, porque á ella hay que agregar todas aquellas secundarias que nacen de la competencia ó concurrencia, y de la situación ó de las ventajas especiales de cada país, de cada distrito y hasta de cada establecimiento. Para poder competir en medio de desventajas naturales se ha esquilmo al operario, y en la necesidad en que se han visto nuestros fabricantes de producir cada vez á menos precio y de vender más barato que el vecino, la pasión de los industriales por un lucro sin medida se ha exacerbado hasta el punto de obscurecer sus nociones de justicia ó de embotar su sensibilidad. Juntamente con todo esto los operarios han podido observar con sorda irritación que en unos tiempos en los cuales el valor del dinero disminuía, en que la vida se hacía más cara, en que sus patronos ostentaban lujo y opulencia, sus jornales no crecían en la misma proporción, y su bienestar, si aumentaba, era cuando las circunstancias obligaban á sus amos á solicitarles y á agasajarles. Así se les reveló su fuerza; por esto sus coaliciones nos alarman. El principio de la oferta y la demanda es un arma de dos filos que se hace peligrosa, porque los obreros van disponiendo del más fuerte y mejor templado. ¿Con qué derecho se quejará del abuso que se haga de esta arma común el fabricante que desterró de sus entrañas la justicia y la caridad?

Es evidente que en cualquiera parte en que se presentaran las condiciones arriba indicadas, las causas permanentes que arraigan en la naturaleza humana y las otras históricas (como el odio entre clase y clase) aún no borradas del todo, habían de exacerbarse, bastando cualquier acontecimiento local, cualquiera aparente injusticia, cualquier agravio imaginario para que un número más ó menos grande de operarios hicieran causa común y se negasen á cooperar á la producción hasta que se accediese á sus reclamaciones ó exigencias.

De aquí que las causas de las huelgas sean para los espíritus superficiales esa multitud de incidentes, con importancia secundaria, que son, en definitiva, pretextos y nada más la mayor parte de las veces, para ir ganando terreno en la batalla

empeñada desde tiempos remotísimos. Por esto, uno de los jefes de la Asociación Internacional, exponía en 9 de Septiembre de 1868 los *casus belli* que debían producir la huelga, y entre otras cosas, decía: "La huelga debe tener por fin, ó la demanda de un aumento de salario, ó negarse á aceptar una disminución de salario; la exigencia de que se disminuyan las horas de trabajo, ó el no aceptar un aumento de dichas horas; la abolición de reglamentos de taller, atentatorios á la dignidad del obrero, ó el mejoramiento de las condiciones de salubridad y de seguridad de los talleres y minas; el no trabajar con máquinas defectuosas ó rechazar materias primas cuya mala calidad cause perjuicio al obrero; el oponerse á la violación de contratos hechos, ó el destruir las maquinaciones de los industriales contra la existencia de asociaciones obreras; y por último, evitar la admisión de un número demasiado grande de aprendices en cualesquiera talleres".

Tales son las causas aparentes y determinantes de las huelgas, que varían según la localidad, conforme al tacto y la prudencia de los ricos y al compás de las circunstancias. Basta enumerarlas y fijar en ellas la atención, para comprender que son meros pretextos, accidentes locales, en la lucha eterna del que no tiene por tener, y ardidés ó estratagemas del que se siente fuerte y ataca contra el que se defiende y va perdiendo su fuerza.

En hora buena que el obrero, el soldado de fila, perdido y absorto en el polvo de la lucha, ebrio con los vapores de la ira, fije sólo su atención en los menudos incidentes; los capitanes que aspiran á dirigir á los adversarios y á conducirles á firmar la paz, tienen que levantar la vista más alto, si aspiran á algo generoso y duradero.

Estas luchas (ya lo hemos demostrado) son naturales y lógicas; se originan en la naturaleza humana, se generalizan con los progresos históricos, y nada tendrían de vituperables si sobre ellas no se extendiesen (para descarriar á los combatientes) las tinieblas de la ignorancia; si cada uno de los campos comprendiese mejor su verdadero interés, y no pareciera dominado por aquel antiguo error de que "aquello que uno gana otro lo pierde." Aun así y todo, estas luchas, á pesar de las alarmas que provocan, son infinitamente preferibles á las sordas tempestades que se hacían pavorosamente en el seno de las sociedades antiguas, siempre que el obrero proletario no abandone los procedimientos legales ni se deje extraviar por las absurdas predicaciones y los errores añejos que en su ignorancia resucitan y propalan agitadores ambiciosos como los que hoy dirigen á la Internacional.

Pero ¿qué influencia ha tenido y tiene la Internacional en las huelgas de los operarios?

Esta es la segunda cuestión que—según el tema propuesto—debemos dilucidar antes de ocuparnos de los medios y procedimientos más á propósito para evitar lo que sucede. Previamente, sin embargo, conviene que analicemos un punto asaz delicado, sin cuya cabal inteligencia nos expondríamos á divagar.

MELITÓN MARTÍN.

MÁS TARJETAS POSTALES

Lo mismo que la lluvia
sobre las plantas,
luevan las dichas, Carmen,
sobre tu alma:
y á su riego fecundo
crezcan lozanas
las flores de la vida.....
las esperanzas.

Matarme acaso podrás,
ingrata, con tus desvíos;
¿hacer que olvide? jamás,
mi amor es como los ríos;
no sabe volverse atrás.

MANUEL DEL PALACIO.

(DE UNA COLECCIÓN DE CUENTOS INEDITOS)

THE ALMIGHTY DOLLAR

EL TODOPODEROSO DOLLAR

¿Quién no ha oído hablar de las rarezas—eccentricidades, como hoy se dice al estilo inglés—de los yanquis? Todo el que ha viajado por los Estados Unidos, viene luego ponderando, al par que los progresos y grandezas de aquel pueblo, las extravagancias y genialidades de sus engraidos y vanidosos hijos. No han heredado éstos, ó lo han perdido al contacto de otras razas, el temple aristocrático y aire señorial de sus parientes los ingleses; pero sí el *humour*, su manera original de ser y de sentir, su índole utilitaria y práctica, su amor al dinero. Para ellos, ser rico es antes que todo en el mundo: el *almighty dollar*, su apotegma favorito, revela mejor que nada el espíritu que anima al yanqui. Genio, virtud, valor, belleza, todo cede el paso al Becerro de oro, ante el cual se postra con fervor y columpia el *botafumeiro*.

Que en la patria de Franklin y de Edison, de Prescott y de Longfellow hay hombres de ingenio y ciencia, ¿quién lo duda? Pero las individualidades, por brillantes que sean, no modifican los rasgos característicos de una sociedad entera, para la cual, ni el brillo de las letras, ni el prestigio de las artes, ni la fama de la erudición y del saber valen tanto como poseer millones. Y en parte no les falta razón. Los aristócratas tronados de Inglaterra y Francia no van á pedir la mano de sus hijas á los sabios y á los hombres de letras; pero ponen sus títulos y sus pergaminos á los pies de las herederas de los opulentos mineros del Missouri y de la California, de los poderosos tocinos de Chicago, ó de los Cresos del comercio y la industria. "Abonar las tierras", llamaban en lo antiguo á estos enlaces de nobleza arruinada y plebe enriquecida; que los árboles genealógicos, aunque las ramas se extiendan á las Cruzadas, y aun más allá, al fin vienen á tierra, secos y carcomidos, cuando les falta jugo y nutrición.

Todavía entre nosotros, siempre tan románticos, hay quien llama al dinero el vil metal. Y no es de ahora ese desapego literario al lujo y la riqueza. Sin citar á Horacio ni á Séneca el filósofo, y tomando las cosas desde más cerca, y en nuestra propia casa, recuerdo que uno de los Argensola se encara muy enfadado con el oro, al cual imputa las mayores abominaciones:

"En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno."

El mismo Zorrilla, nuestro gran poeta, á quien la falta de recursos hizo á veces difícil la vida, exclama enardecido por el estro:

"Vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero."

Aún tengo presente lo que en cierta ocasión me decía el inolvidable conversador (*causeur* dirían los franceses) Miguel de los Santos Alvarez, que nunca anduvo sobrado de metales preciosos: "Si quiere usted ver lo poco que el dinero vale, fíjese usted en los que lo poseen".

No contradije á mi paradójico amigo; pero en mis adentros evoqué la memoria de algunos ricos de la antigüedad y de los tiempos modernos, y, francamente, no me pude convencer de que fueran inferiores en virtud, en talento ó en valor á los desprovistos de bienes de fortuna. Sea como quiera, no proponiéndome escribir un discurso moral sobre tema tan manoseado, sino aportar un ejemplo vivo de la fe del yanqui en el *almighty dollar*—aunque se engañe á veces al extremar su influjo—voy á mi objeto, refiriendo un caso original y extraño que ocurrió en París poco antes de la guerra franco-prusiana. El hecho llamó por entonces bastante la atención, y fué la comidilla de tertulias y casinos, si bien, muy luego, preocupados los ánimos con sucesos más graves, quedó olvidado en las gacetillas de los periódicos, ó en la cartera de algún curioso, como en la mía, por ejemplo, de donde hoy lo tomo para contárselo á mis lectores.

Además del *Jockey-Club* y *La Unión*, que eran,

cuando yo residía en París (y creo que siguen siéndolo) los círculos más aristocráticos y de más difícil acceso, otros había menos exclusivistas, donde sin gran esfuerzo era factible penetrar. Y es de advertir que no pocos elegantes y *sportsmen*, que se daban tono por formar parte de los primeros, pertenecían igualmente á los segundos, adonde concurrían con mayor frecuencia y asiduidad. Y ello se explica: estos círculos, que podríamos llamar de segundo orden, no reunían, acaso, gente tan selecta y encofetada; pero, seguramente, eran más divertidos. Juntábase en ellos una sociedad varia y cosmopolita, en que estaban representadas todas las clases: artistas, literatos, políticos, diplomáticos, negociantes, hombres de mundo y jóvenes de familias bien acomodadas. Algunos de esos centros gozan, además, la ventaja de la privilegiada situación que ocupan, como el de la Rue Royale, ó el de los Campos Elíseos, y el atractivo de la tolerancia con que en ellos se juega á los prohibidos.

Asistentes habituales á uno de esos círculos, tan abigarrados y al par tan amenos, eran un yanqui muy opulento y un caballero francés muy distinguido y de rancia estirpe. Había venido á París el primero á disfrutar, con más ó menos gusto y delicadeza, de los placeres y encantos de la gran Metrópoli, y á derramar por todas partes su dinero.

A pesar de su oro, no logró meter la cabeza en el *Jockey-Club*, y después de varias tentativas frustradas, se había tenido que contentar con recibirse de socio en círculo más modesto, si bien en punto á lujo y buena situación nada tuviese que envidiar á aquel centro aristocrático.

Llamábase el americano, ó á lo menos lo ponía en sus tarjetas, Mr. Francis Madison. Su presencia no era mala. Representaba unos treinta y cinco años. Era alto, bien constituido, aunque algo grueso; blanco muy sonrosado, y rubio de matiz rojo. Llevaba toda la barba, y vestía, más que con elegancia, con lujo, ostentando siempre perlas y piedras preciosas en camisas y corbatas. Aunque de buen parecer, era poco simpático; veíase en él al hombre vano y engreído. En su boca, fina y levemente contraída, estaba como estereotipada una sonrisita de desprecio y befa; y en toda su persona notábase cierta tiesura, incompatible con la distinción y naturalidad del verdadero elegante.

El caballero francés era hombre de otra especie. Noble de antigua alcurnia, sus abuelos habían pagado el 93 su tributo de sangre á la guillotina y luchando con heroísmo en la Vandea; y aunque los bienes de esta ilustre familia habían sufrido confiscaciones y despojos, después de vicisitudes varias, todavía su último descendiente era poseedor de las tierras de Montsalví, que le producían unos setenta mil francos de renta anual; una bicoca en comparación del pingüe caudal del presuntuoso americano.

En punto á edad, ambos representaban la misma. No era, á la verdad, el francés tan alto, tan fresco, tan vistoso; pero su porte era más señorial, sus modales más finos, su expresión más serena y su mirada más profunda é inteligente. Figuraba entre los miembros del *Jockey-Club*; y tanto en éste como en el círculo de que era consocio con el americano, estaba inscrito con el título de Marqués de Montsalví, que llevaba con suprema distinción.

El Marqués y Mr. Madison habían tenido ya en el club, que ambos frecuentaban, varios rozamientos. La manera de ser ruda y algo plebeya del uno y la perfecta corrección y delicadeza del otro, no era fácil que armonizasen ni se acoplaran. El Marqués eludía el trato del yanqui. No había habido entre ellos ningún choque, y, aunque friamente, se saludaban todavía al encontrarse; pero era para todos evidente que el francés y el americano se miraban con profunda animadversión. Ya hemos dicho que Mr. Madison había tratado con grande empeño de penetrar en el *Jockey-Club*; y como en dos votaciones, efectuadas en el espacio de seis meses, había sido rechazado casi por unanimidad, suponía, y no le faltaba razón, que el voto del Marqués le había sido adverso. De este agravio, si tal puede llamarse, y de otras pequeñas causas y azares, habíase ido formando en sus corazones un sentimiento de antipatía y repulsión, que en las superficiales relaciones á que les obligaba ser so-

cios del mismo club, apenas podían disimular.

En vano Montsalví, sin faltar á la cortesía, procuraba evitar al yanqui; éste, con la impertinencia propia de su carácter, hacíase á menudo el encontradizo, y aunpue no ofendiera al Marqués de palabra ni de obra, lo provocaba casi, con la mirada, el gesto, la sonrisa despreciativa impresa en sus labios.

Por desgracia, Mr. Madison, en un salón diplomático había sido presentado por su ministro á una señorita de la aristocracia, Ana de La Festé, de quien, hacía tiempo, hallábase el Marqués prendado, si bien en sus obsequios no rebasase ciertos límites de prudente galantería; pues en Francia, los noviazgos que por acá se usan, ni se admiten, ni se comprenden. Cuando un caballero requiere de amores á una señorita, es porque está resuelto á pedir su mano; si no, pronto la familia de la doncella lo llama á capítulo, y no hay remedio, es forzoso herrar ó quitar el banco. Mas sea como quiera, el Marqués, sin comprometerse demasiado, demostraba á la bella su amor en cuantas ocasiones se le ofrecían.

El yanqui, no sólo se hizo presentar á dicha señorita, sino que embelesado con sus hechizos, le pidió además, y obtuvo un vals, que bailaron juntos, y en el que se mostró muy derretido galán, pero poco experto en el arte de Terpsicore.

Como Mr. Madison no había logrado, á pesar de su oro, introducirse en ciertos salones aristocráticos, donde hay poca benevolencia hacia los *rastagouères*, como burlescamente llaman en París á los americanos del Norte y del Sur, sólo veía á la señorita de La Ferté de tarde en tarde, en el Bosque, en la Grande Opera ó en alguna fiesta internacional, celebrada en los ministerios ó en las embajadas. En cambio Montsalví, con franco acceso en las moradas del noble *faubourg* y en todas partes, tenía muchas más ocasiones de verla y de tratarla. Y no necesitaba, á la verdad, de tal ventaja para ser preferido: entre el compatriota linajudo y el yanqui advenedizo, la noble doncella no hubiera vacilado un momento; sobre todo, no siendo pobre el Marqués, aunque no tan opulento como Mr. Madison. Pero las cosas no estaban todavía bastante adelantadas, y no había llegado el caso de tener que elegir. Entre tanto el yanqui, en su hiperbólica vanidad, se creía digno de todo, y no se hallaba dispuesto á ceder el paso á nadie. Esta fatal coincidencia de gustos fué otro elemento sordo de discordia, y tal vez causa principal de la tirantez de relaciones en que se hallaban, cuando un acaso imprevisto hizo, al fin, saltar la cuerda.

E. R. DE S.

Duque de Rivas.

(Se continuará.)

VEJECES

Hermosas tardes de Abril, que entre „mercé y señoría” si el rubio Febo molesta Fabonio las dulcifica.
¡Como el anhelante pecho disfruta las mansas brisas llenas de aroma, que el campo al ponerse el sol envía!
Miro en el rosal famoso pintada mariposilla, que juega entre los capullos y con las hojas se abriga.
Recuerdo días mejores, primaveras más benignas, ilusiones que pasaron, esperanzas ya perdidas.
Aun guardo la red de seda, con que, cazadora lista, al insecto primoroso en dura prisión tenía.
De algunas, ni el largo tiempo sus colores amortigua; el alfiler que clavastes, sin duda que las hechiza.
Tirana fuistes con ellas, y en tus caprichos de niña, de alto a bajo el cuerpecillo al atravesar, refas.

Así, luego, igual costumbre á los humanos aplicas, hiriendo los corazones tu desdén y tu malicia.
Van pasados muchos años; y aunque las canas las tiñas, de la vejez á la nieve no hay posible medicina.
Y sin embargo, ¡qué gozo es, entornada la vista, soñar medio siglo hace con escenas que ocurrían!
Tus largos cabellos rubios, á hebras de oro parecidas, contrastaban con tus ojos, tan negros como la endrina.
En la arena tus pisadas apenas se descubrían, con ese andar de gacela en los desiertos de Livia.
El pañolito celeste y aquella falda rojiza guardará mi corazón su imagen mientras que viva.
No olvido aquellos ojos si de mi lado te ibas, y lo alegre de las paces si cariñosa volvías.
Y de las noches serenas las dulces horas tranquilas, en que al ruseñor, tu canto callar le hicieron de envidia.
¡Juventud, para perderte, más vale quedar sin vida; la vejez y los pesares unidos siempre caminan.

ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIVERA.

UN PERRO FILÓSOFO Y PRÁCTICO

Para la mayor parte de los naturalistas, la tribu perruna se divide en cuatro géneros; pero si estos sabios hubieran conocido á *Black*, acaso hubieran hecho una nueva clasificación de orden moral y género de *canis granujas*.

No pertenecía *Black* á esa numerosa clase de perros callejeros que provienen del cruzamiento fortuito de diferentes razas y que por consiguiente no constituyen castas ni variedades permanentes; antes al contrario, su PEDIGRÉE, ó sea su genealogía en el lengeaje hípico, que también en Inglaterra se aplica á los perros, le colocaba entre las más ilustres familias de los llamados de aguas, cuyo instinto sabido es llega á lo portentoso.

El señor de *Black* que bien merece el tratamiento de señoría y los vecinos del pueblo así le llamaban, hacía todas las habilidades que hemos visto en los circos, dejando muy atrás á todos esos que trabajan de acróbatas ó hacen el papel de adivinadores, colocando los números para indicar cantidades que los espectadores les dan. La especialidad de *Black* era hacer el oficio de recadista. Cuando veía la cestita con la cinta azul de seda en las manos de la viuda de Fernán, se volvía loco de alegría, y ya sabía que se le iba á enviar con algún mandado.

Cierto día que, como de costumbre, iba muy diligente y presumido luciendo su airoso cuerpo sonrosado, sus blancas lanas rizadas y perfumadas, los maniquetes y el rabito como una borla de polvos de arroz, vino un perrazo ordinario é insolente á arrebatarse uno de aquellos pasteles que llevaba en la cestita que su ama enviaba á su hija.

Aquella osadía merecía un justo castigo, y en el acto *Black* soltó la cesta con la mayor delicadeza y fué á la lucha con aquel atrevido. A los ladridos propios de la pelea acudieron otros perros, pero en vez de tomar parte en la jarana se fueron al apetitoso é incitante olorcillo de los pasteles.

Tan pronto como se hizo cargo de su situación y comprendió la esterilidad de la defensa de los pasteles, fué á sacar la mejor parte que pudiera del botín en concurrencia con sus colegas.

Si el Sr. de *Black* era un filósofo, ustedes lo juzgarán.

FEDERICO HUESCA.

A GUADALUPE

En la estación que llegan
las golondrinas,
vienes tú de la flora
de la Argentina.

Y en fácil verso
mis plácemes te rindo
por tu himeneo.

Sé, aunque no te conozco,
que eres muy bella,
que de tí celos tienen
flores y estrellas.

Y que hay el pleito
de si vale más mundos
tu alma ó tu cuerpo.

Dios bendiga tu senda,
tu esposo amado,
y los padres que adquieres
y te aman tanto.

Y nunca sepas
lo que son amarguras,
lo que son penas.

ENRIQUE PRINCIPE Y SOTORRES.

29 Abril 1902.

RATOS DE SOBREMESA

Los alimentos¹.

II

D.^a CATALINA.—¡Dale con nieve, que es cosa fresca! Tú te has propuesto ser el dómine de todo el mundo. ¡Pues, hijo, el que quiera saber que vaya á Salamanca! Y si no, que te lo pague. Que yo no veo que nadie dé palos de balde.

D. JOSÉ.—Mujer, no te haces cargo, al decir eso, de que para dar dinero por una cosa hay que empezar por desearla, y que uno de los primeros efectos de la ignorancia es precisamente el quitar la gana de saber, como no sean romances de ciego ó picardías; pues el estómago del alma se parece al del cuerpo, en cuanto uno y otro están encargados de recibir y elaborar el alimento correspondiente. Así es que la debilidad ó las enfermedades quitan el apetito ó le vuelven del revés, haciendo repugnante lo más sano y nutritivo, ó que se indigeste, si se toma, causando más daño que provecho; por lo cual hay que andarse con cuidado en la cantidad y calidad de los manjares, y prepararlos en tales casos del modo más sencillo posible, si se destinan á estómagos miserables. ¿Y crees tú que se puede esperar con fundamento que paguen la buena comida quienes, por no tener hambre, hacen ascos á los calditos y papillas que les convienen, y sólo les llama la atención el picante ó el alcohol? Quien tenga entrañas y juicio no les venderá estos venenos, sino que se dará por muy satisfecho con que le admitan las inocentes substancias que su caridad les regala.

D.^a C.—¡Una profesión muy lucrativa! ¿Y de nosotros, quién se va á cuidar?

ANTONIO.—¡Qué egoísmo! ¡Como si papá no hubiese de hacer ya otra cosa, y nos olvidase! Usted nunca tiene inconveniente en ofenderle.

D. J.—Tu madre no me ofende á mí, porque no supone lo que tú imaginas. Tú sí la ofendes, al imaginarlo; porque ella se limita á temer que sean inútiles mis esfuerzos, y me previene para que no los exagere, en detrimento mío y ningún provecho de nadie. No es egoísta; es amante de su familia, como debe, y previsora cual conviene.

A.—Bueno, pues ponga usted debajo que no he dicho nada.

D. J.—Además, hasta ahora no hablo de estas cosas sino con vosotros, y tanto mamá como tú estáis un poco fuera de la realidad, al discutir mi conducta. No hay que pecar de prevenidos, pues sabido es que todos los extremos son viciosos. Por el pronto, no me propongo sino elevar vuestro espíritu, y en esto es in-

dudable que nada perdéis ni aventuro. ¡Ojalá pudiera extender mi modesta labor á cuantos de ella se hallan necesitados!

A.—Pues bien sabe usted que eso no es difícil, porque periódicos, hay en el mundo; y no faltaría uno que imprimiese lo que nos dice usted á nosotros.

D.^a C.—Pues á eso voy; porque si sobra hoy algo, son periódicos y quien escriba en ellos hasta por los codos; de modo que no veo la necesidad de que tu padre se caliente los cascos en darte gusto. Él no trata de romper ninguna cátedra, ni echárselas de literato.... Conque me parece que tengo razón.

A.—No lo veo así; pero en fin, sea lo que usted quiera.

D. J.—Bueno, pues dejando esto aparte, os diré cuatro palabras acerca de los *Alimentos del cuerpo*, que es en lo que el otro día quedamos. De los del espíritu ya hemos hablado bastante por ahora, y bueno será ya pensar un poco en el cimiento del edificio.

D.^a C.—Siempre se ha dicho que tripas llevan á pies.

A.—Y á cabezas.

CARMENCITA.—Esto de los alimentos del cuerpo debe ser más fácil. ¿No es verdad, papá?

D. J.—Tal es la unidad esencial del Universo, hija mía, que nada hay en él más fácil ni más difícil de comprender á fondo. Todo es igualmente digno de nuestro estudio y nuestra admiración. Pero no nos entretengamos más en digresiones y vamos al asunto, porque si no tendré que marcharme sin hablaros palabra de él.

C.—Diga usted. Diga usted.

D. J.—Pues digo que el alimento por excelencia es el del sistema nervioso, foco esencial de nuestra vida, siendo ésta la explicación del dicho vulgar: *donde entra el sol no entra el médico*.

D.^a C.—Yo creí que tú no sabías refranes.

D. J.—No tantos como mi gran maestra. Pero sigamos. El sol no es, sin embargo, el único sostén de los nervios, porque le acompañan en su tarea todas las demás variantes del estado imponderable de la materia: el calor, la electricidad y el magnetismo, que nos envuelven por todas partes, constituyendo un océano de fluidos imponderables, en el que vivimos bañados. La piel (que es un manto de sensibilidad, porque está tejida de nervios comparables á las venas y á los vasos linfáticos, en razón á lo centrípeto, ó de fuera adentro, de su corriente) se deja penetrar por estos diversos fluidos, y es en ella donde da comienzo el asombroso trabajo orgánico necesario para fundirlós en uno solo, adaptado á las necesidades de la vida, y vibrando cual ella pida, desde las oficinas centrales á las puntas de los cordones de este incomparable sistema *telegráfico*, y *telefónico*, y *fotográfico*, y *fonográfico*, y *cinematográfico*, y mucho más que yace en las profundidades maravillosas del sistema nervioso, sin haber hallado todavía representación externa correspondiente, que aumente la extensión de las comparaciones y de su vocabulario semidefinidor. Es la piel, por lo que á la constitución del fluido nervioso se refiere, lo que el estómago é intestinos son á la constitución de la sangre. Después, hay ganglios nerviosos y varios otros departamentos centrales de este mismo sistema, como hay ganglios linfáticos y otros centros de elaboración sanguínea, encargados de asimilar en el primer caso un alimento imponderable, y hacer lo propio con otro ponderable, en el segundo.

A.—Muy bien, papá.

D.^a C.—Estará muy bien, pero yo no entiendo una palabra; porque no puedo ponderaros lo incomprensibles que son para mí todas esas *ponderabilidades*.

A.—No saben ustedes nada las mujeres.

D.^a C.—¡Es claro, al lado de sabios como tú....!

D. J.—Y tú estás muy necesitado de aprender á medir las palabras, Antónito, y respetar á mamá, aun en sus debilidades; siendo mucho más imperdonable que ellas la tuya de creer no tenerlas. En cuanto á eso de los alimentos ponderables é imponderables, te diré, querida Catalina, que los primeros son los que se pueden pesar, los que pesan, cual sucede con los sólidos, líquidos y gases; y los segundos aquellos que, como la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo citados, no pueden pesarse porque carecen de peso.

D.^a C.—Eso es lo que yo no sabía.

A.—Explique usted también á mamá lo que es *peso*.

D. J.—Todo no puede ser de una vez, y eso por hoy no es muy necesario. Pues en cuanto á los alimentos de la sangre, ó sean los sólidos y líquidos y el gas oxígeno del aire (el cual gas, lo mismo que los alimentos imponderables, nos le da *gratis* la madre Naturaleza) el más perfecto de todos es la leche.

A.—Se comprende, puesto que lo prepara la Naturaleza misma.

D. J.—Ahora soy yo quien te alaba por juicioso. Me alegro mucho. Pues, efectivamente, con la lógica que hay en todos los actos naturales, engendradora y representante de las armonías del Universo, el alimento que la Naturaleza elabora para los recién nacidos de la gran clase de animales llamados Mamíferos, á la que pertenecemos.....

D.^a C.—¡Qué grande honor para nosotros! Tienes unas ocurrencias felices. ¿Conque todos *semos* unos, como dicen en Alcorcón?

A.—No, señora. Las personas tenemos otro Dios. ¡Pues no faltaba más sino que los animales y nosotros fuéramos hijos de un mismo Padre!

D. J.—Dejaos de tiroteos, y vamos al grano. Decía que en virtud de la lógica de la Naturaleza, es la leche el alimento que sirve de intermedio entre la propia sangre—con que la madre nutre al hijo mientras le lleva en su seno,—y los trozos ó porciones de cosas extrañas, el agua inclusive, que este hijo ha de tragar, elaborar y convertir en sangre propia, cuando haya adquirido fuerzas suficientes para ello. Entre tanto, la leche suple á la sangre, porque casi lo es, teniendo, como tiene, todos los principales elementos de ésta y en la medida necesaria para sustituirla; pero acostumbrando de paso, al estómago y demás partes del sistema nutritivo, á funcionar como deben; para que, llegado el caso, se las entiendan con los alimentos sólidos y líquidos propiamente dichos.

A.—¡Qué magnífico!

D. J.—Por eso la leche necesitaba ser, y es, un alimento *completo*, que lleva hasta el agua conveniente.

A.—Se conoce que algunos vendedores dudan que sea bastante la que lleva.

C.—Diga usted, papá: ¿es verdad que no conviene cocer la leche?

D. J.—Debe evitarse, como no sea para impedir que se eche á perder, si ha de guardarse; sobre todo en tiempo de calor. La cocción coagula un elemento de la leche, que en tal estado ejerce mal su misión de fermento digestivo, resultando así menoscabada la digestión y, lo que es consiguiente, su aprovechamiento nutritivo.

A.—Pero, eso no obstante, habrá que cocerla para impedir que se transmita al hombre la tísia de los animales, principalmente de las vacas, tan propensas á ella en las ciudades, donde suelen no salir de los establos; de modo que ni respiran aire puro, ni hacen ejercicio, ni pueden menos de consumirse.

D. J.—Está probado que la leche de las vacas tísicas es pobre, pero no transmisora de los tubérculos. Por consiguiente, es inútil cocerla.

D.^a C.—¡Hombre! A propósito de la leche, ¿qué dices del viverón?

D. J.—Es un poco largo el asunto y lo dejaremos para otro día. Os anticiparé, sin embargo, que es un recurso de primer orden para asegurar la lactancia; por que con el viverón no duelen prendas, respecto al posible quebranto de la salud de la madre ó nodriza, de cuyas fuerzas se teme abusar, con las naturales consecuencias sobre el niño; ni se sufren los malos resultados que suele dar la lactancia mercenaria; todo ello con tal que se sigan con el viverón las reglas debidas, de que ya os daré conocimiento.

A.—Quisiera oír la opinión de usted sobre los Consumos.

C.—Pues yo hubiera querido oír antes algo de las falsificaciones de la leche.

D. J.—Ya hoy no tengo tiempo para tanto, hija mía, y me limitaré á decirnos unas cuantas palabras en contestación á la pregunta de Antonio, y son: que el impuesto de Consumos tiene de odioso, además de su pecado de recargar directa y artificialmente el precio de los artículos de primera necesidad, el hacerlo con la

¹ Véase el núm. 44.

espantosa falta de equidad de que paguen por igual pobres y ricos, y más el pobre que tenga mayor número de hijos que el que tenga menos.

A. — ¡Parece imposible que se haya imaginado y se sostenga cosa tan inicua! No sé cómo se aguanta.

C. — Puede que sea cosa que no tenga remedio.

D.^a C. — Yo siempre he oído decir que en este mundo todo tiene remedio, menos la muerte.

D. J. — Y el caso es que la vida de todas las especies, lo mismo animales que vegetales, es proporcional á los medios de subsistencia. ¡Conque echad la cuenta de lo que sucederá dificultando la alimentación de gran parte de la especie humana!

A. — ¡Bribones!

D. J. — Tú en seguida te disparas. Hay muchas cosas, y esta es una, que no se sostienen á mal hacer, sino por desconocer sus consecuencias. Yo estoy seguro de que cuando se piense lo que todavía está por, pensar, á no ser por algún que otro curioso de la Naturaleza, no tan sólo desaparecerá la contribución de Consumos, sino todas menos una, y ésta será directa. ¿Queréis oír todavía una cosa para concluir?

D.^a C. — ¿Pero tú eres capaz de concluir alguna vez?

A. — ¡Luego dirá usted que yo me propaso!

D. J. — Allá va el fin de fiesta; y cállate, si puedes. Os quiero decir que la gula es el más peligroso de los vicios, por lo mismo de ser el único que tiene aire de honestidad y hasta de honorífico. Así es que puede asegurarse que los cocineros han hecho más estragos que los ejércitos en campaña.

D.^a C. — ¡Qué exageración!

D. J. — Escucha, antes de juzgar. Si te imaginas un glotón pacífico, tendrás en él al fin un goloso. Si el glotón vive con los nervios agitados, acabará siendo diabético. Y basta por hoy, queridos oyentes.

D.^a C. — ¡Gracias á Dios!

EDUARDO SÁNCHEZ Y RUBIO.

LA CABEZA DEL DIABLO

(APUNTES DE VIAJE)

II

Aquella misma tarde, y á lomos de un mal rocín, que trató de hacerme apear por las orejas varias veces, hice mi entrada triunfal en el Santuario de Misericordia, en compañía de otro viajero y del famoso Colaso.

El guía y el Santuario merecen unas cuantas pinceladas.

Es este Colaso un aragonés de pura raza, con un pañuelo á la cabeza, blusa y faja encarnada, acento largo, muy largo, que se escucha á gran distancia, zagal de diligencias en sus buenos tiempos, y hogaño conductor de un mal carro, único vehículo con ruedas que diariamente y sin detrimento hacía la terrible ascensión al Santuario con el equipaje de los huéspedes, francote y decididor como pocos, diario de oposición del Municipio de Borja, abanderado del batallón republicano en tiempo de la federal, y muy aficionado al vino y á limpiarse la boca con la mano.

Amigo de los viajeros, escasos en número, que acuden á Misericordia en los meses de calor, á todos se hace simpático y á todos sirve con la misma buena voluntad.

—Malo está este camino, Colaso—le dije.

—Tan malo como el Ayuntamiento—me contestó. Yo no sé en qué gastan el dinero los concejales.

—¿Conoces á ese que viene con nosotros?...

—¡Vaya!... es uno que ha sido Alcalde, y que nunca echa las tres piedras en la Cabeza del Diablo.

—Y ¿por qué las ha de echar?...

—Porque todos los que suben al Santuario á ver á la Virgen tienen esa obligación; pero ese no cree en nada, y dicen que está endemoniado.

—¡Oiga! pues no las echará para no indisponerse con el demonio.

—Mire Ud. qué lejos va.—No quiere hablar con nadie y siempre hace lo mismo; la compañía de la alpargata, que en el camino se desata.

—Pero, oye, ¿tú estás seguro de que está ahí la Cabeza del Diablo?

—¡Pues ya lo creo! Y que no se moverá, no, señor.

—Mira, mientras llegamos, cuéntame eso, porque me extraña que el diablo se haya dejado poner ahí la cabeza. ¿Dónde está el sitio?

—¿Ve Ud. allá lejos un montón de piedras que parece una casa?

Sí, le veo.

—Pues allí está la cabeza hace ya lo menos trescientos años.

—¿Cómo sucedió eso?...

Colaso encendió un pitillo, se santiguó devotamente, y me hizo la relación, poco más ó menos, de la siguiente manera:

Hace muchos años, cuando se construyó la modesta ermita bajo la advocación de Nuestra Señora de Misericordia, el diablo, en forma de labrador, se propuso combatir el poder de la Virgen, y saliendo al camino hacía volver grupas, más que á paso, á los sencillos campesinos que subían en romería hasta el Santuario. Algunos más valerosos, armados de escopetas, hoces y cuchillos, llegaban á la cima del monte sin encontrar á nadie; pero de esto no se tenía seguridad.

Una noche, el Alcalde de monterilla de aquellos tiempos, que juzgó conveniente tomar cartas en el asunto, se dirigió al Santuario sin avisar á sus gobernados, y únicamente en compañía del Cura del pueblo, que llevaba un hisopo escondido bajo los manteos.

Al llegar á la mitad del camino se presentó el diablo. El Cura sacó el hisopo, el Alcalde una espada flameca; se trabaron de palabras; llegaron á las manos, y cuchillada por aquí, hisopazo por allá, el resultado fué que el diablo cayó á los pies de los combatientes sin decir esta boca es mía. Entonces el Sr. Alcalde cortó á cercén la cabeza del Diablo, la enterró en un hoyo, la cubrió de piedras, y al ir á hacer lo mismo con el cuerpo había éste desaparecido.

Sin embargo, la cabeza, lívida y todavía caliente, permaneció en el hoyo cubierta de grandes pedruscos, á través de los cuales se percibía un siniestro resplandor.

Inmediatamente regresaron al pueblo el Alcalde y el Cura y divulgaron la nueva de tan fausto suceso. Se echaron á vuelo las campanas de la iglesia, hubo iluminaciones y grandes zarabandas, y á contar desde aquel día, no quedó en Borja ni en los pueblos vecinos una sola persona que no acudiera al sitio donde estaba enterrada la Cabeza del Diablo, para echar tres piedras del camino al montón, que en pocas semanas adquirió la altura de un cerro. Desde aquel día, jóvenes y ancianos, niñas y viejas, todos los que pasen por este camino, descienden de sus bagajes para echar las tres piedras.

Colaso las echó también, y yo hice lo mismo, por no disgustarle.

—Llevo echadas con éstas—me dijo el guía—tres mil quinientas cuarenta y tres.

—Verás cómo te apedrea también el diablo si vas al infierno.

—Ya me protegerá la Virgen de Misericordia.

Al poco rato llegamos al santuario.

RICARDO SEPÚLVEDA

RECALCANDO

He leído con atención suma cuanto respecto de la cuestión social se ha escrito en *El Evangelio* y fuera de *El Evangelio*, y cuanto se ha dicho en las Cortes y fuera de las Cortes.

Allí he aprendido cómo se trata el asunto en todo el mundo civilizado y por civilizar, y cómo piensan los sabios de todos los países, y me he saturado de erudición de tal manera, que ya puedo alternar medianamente con todas las ilustraciones conocidas.

De lo hablado y de lo impreso he de ocuparme con detención; pero antes me parece oportuno plantear una cuestión previa; y allá voy.

Nadie se atreverá á negarme que las cuestiones sociales sólo pueden surgir del seno de la sociedad, ni que donde no existe ésta aquéllas no pueden aparecer.

Pues bien; yo niego que exista la sociedad española, y niego, por consecuencia, que en España haya cuestiones sociales.

Sí, hay un territorio, cada vez más pequeño, que se llama España, y en ese territorio todos los organismos y preceptos capaces de constituir una sociedad; pero esos organismos no funcionan con sujeción á los preceptos, y los preceptos no sirven más que para hacer con ellos juegos de cubiletes.

Aquí todo es broma, de continuo cruel, y no se aviene el ánimo de quien se siente hombre, á tratarlo con la seriedad que requiere el argumento.

Aquí para el infeliz y el número de infelices aumenta vertiginosamente «la ignorancia no exime de la ley», y esto se traduce suponiendo que de ella exime la sabiduría; pues á cada paso se observa cómo se burlan de la ley, con más frecuencia que nadie, los sabidores, los que la formularon y se entretuvieron en promulgarla.

Aquí las leyes surten el efecto cómico que hace años se producía en cierta casa de comidas en Valencia, donde se ofrecía por algunos céntimos arroz con pollo, y el incauto creyente, capaz de persuadirse de la verdad del anuncio, descubría, cuando el arroz se iba concluyendo, que el pollo estaba pintado en el fondo del plato donde lo buscaba.

Aquí hay leyes sustantivas, adjetivas y complementarias para todos los gustos; lo que no hay aquí es quien las cumpla, ni quien las haga cumplir, y donde no hay leyes cumplidas, no hay sociedad.

Donde las leyes se cumplen, por duras que sean, el buen ciudadano vive tranquilo y confiado en que sus derechos y sus intereses se hallan á salvo, si á las leyes se somete y á ellas se los confía; donde no se cumplen, todo ha de confiarse al capricho y todo flota en lo incierto, y este no puede ser y no es vínculo social.

Las leyes no tienen sino escrita sanción penal; las responsabilidades son ilusorias; la de los Ministros ante las Cámaras, que son hechuras suyas, implican tanto como si yo me declarase residenciable por mi familia.

A los demás no se las exigen sus jefes sino cuando se produce un escándalo de mayor cuantía, y, aun en tales casos, las energías de los primeros momentos sólo sirven para engañar á los incautos; pues confiando en que la acción del tiempo todo lo difumina, se van aquéllas atenuando hasta reducirlas á una cantidad infinitesimal.

Aquí, en este escrito, no hay ni una línea declamatoria; los casos se pueden citar á miles y se producen á diario, y á diario se denuncian y á diario pasan sin correctivo.

Convengamos, pues, en que la sociedad española no existe, y esto convenido, convénzanse los individualistas, los socialistas, los anarquistas y todos cuantos creen que hay cuestiones sociales y procuran resolverlas con los Mauser, con la dinamita ó con la propaganda legal, de que operan sobre cero, y de que mientras no resuelvan la cuestión previa; mientras no hagan sociedad; mientras no logren el cumplimiento de las leyes vigentes, como garantía de que han de cumplirse las venideras; mientras no consigan que todo conculcador de un precepto se derrumbe al precipicio de la sanción penal, y con tanto más estrépito cuanto mayor sea el nivel social que el infractor alcance, los tiros de Mauser, la dinamita de los anarquistas, las proposiciones de los ideólogos, no fundarán nada, absolutamente nada, porque nada puede fundarse sobre el vacío.

El vacío es lo que en realidad existe; nos hemos conaturalizado con una porción de corruptelas y de ninguna nos asombramos. ¿Qué se espera aquí de la razón y del derecho? ¿No lo esperamos todo de la influencia? ¿Y qué es la influencia? ¿Es otra cosa que la petición de lo injusto? Y si alguna vez para obtener lo justo se invoca, ¿no es incalificable que hasta para eso se considere necesaria? Lo dicho, sectarios de todos los matices, dediquémonos á procurar que se resuelva la cuestión previa, si queremos tener campo donde ensayar la bondad de nuestras proposiciones. O esto, ó callar; el silencio puede ser una protesta; el hacer esfuerzos inútiles es consumir las energías en ensayos infructuosos. Procuremos medios de hacer las responsabilidades efectivas, ó enmudezamos.

DANIEL BALACIART.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.
Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.